

MANOLI LÓPEZ ÁLVAREZ

SIGNOS

Hoy a través de los años puedo escribir estas palabras, signos que para mí eran eso ¡solo signos!

Nací en un pueblo donde sobrevivir era una aventura. Cultivar la tierra, cuidar el rebaño y las faenas de la casa, era toda la vida.

A mis manos nunca llegaron cuadernos y menos libros desde los ocho hasta los trece años, mi mundo era salir con la piara de ovejas y mi fiel perro “Astuto” el me ayudaba y me daba tiernos besos con su cálida lengua.

Un día al llegar de los prados recibimos noticias de una hermana de mi padre que había enviudado. Al no tener hijos, solicitaba que le enviaran a uno de sus sobrinos, éramos ocho, para llenar su soledad. Yo soy la mediana y encima mujer y el “porque dirán” no iban a mandar un varón. Así que en un hatillo pusieron mis cuatro cosas y me mandaron a la ciudad.

Me dieron un billete de tren que no sabía si tocarlo o guardarlo como un tesoro, pues era mi primer contacto con los “signos”. Muerta de miedo ascendí la escalinata hacia el vagón y mis oídos parecían estallar el silbato de la ciudad.

Los nervios y el cansancio hicieron mella y me quedé dormida, hasta que un señor muy elegante de traje con botones dorados y visera reluciente me aviso que había llegado a mi destino.

Al descender mi silencio junto con el de la estación se hicieron uno. Mi mirada lo observaba todo sin ver nada, pues la mirada de una señora enlutada, tal cuervo al amanecer, me impedía hacerlo. Nos fuimos acercando y mi sonrisa ilumino su mirada. Era ella ¡Mi tía! Veía el reflejo de mi padre y ella en mí el de su hermano y nos fundimos en un cálido abrazo.

Aquí empieza mi verdadera vida “Ella” me fue introduciendo en el mundo de la lectura y escritura. Me leía bellos cuentos que yo intentaba memorizar. Me fue enseñando poco a poco el significado de las palabras y los números. Me enseñó un mundo donde podía expresar mis sentimientos y emociones, donde no fui engañada por los números cuando iba al mercado, mi vida se veía completa pero siempre quería aprender más.

Con los años mis fieles “signos” me fueron mostrando el camino de la enseñanza y quise compartirlo con los menos favorecidos. Empecé la senda de la enseñanza no sin gran esfuerzo pero ilusionada y optimista. Al acabar mis objetivos realice mi sueño, ir de aldea en aldea, enseñando a todo aquel que quisiera ver que hay que cultivar los campos, hay que atender el ganado, hay que sobrevivir, pero también cultivar nuestra mente, nuestra alma.

No vivir en la ignorancia del sobrevivir, sino viviendo y sintiendo con lo que nos da la vida y para ello es fundamental saber expresar los sentimientos con afecto, con ternura, con bellos poemas, cartas de amor, que no sería posible sin el abecedario y ese río de tinta profunda a través de un cuerpo que atraviesa nuestros dedos para plasmarlo todo en un folio en blanco.

EVA BERIAIN ESTEVEZ

El cajón del olvido

Es de esas cosas que reaparecen por sorpresa cuando uno ordena aquel cajón olvidado que existe en todo hogar. Aquel que por las prisas diarias o en otros días por pura pereza siempre está lleno de papeles y otros trastos inservibles pero que siempre se guardan por el “por si acaso”.

Cuando eso ocurre, vuelve la ternura a mi alma e irremediablemente una sonrisa en mi rostro. Suele ocurrir en los días grises tanto atmosféricamente como anímicamente. Para que este hecho, aparentemente tan insignificante, tenga su efecto debe ser por sorpresa, nunca algo buscado.

El objeto en cuestión es una carta de amor que recibí de adolescente, un amor de verano. Le llamo amor por darle la importancia con la que yo lo recuerdo, éramos dos niños y estábamos bien lejos de saber lo que esa palabra significa, simplemente empezábamos a jugar con ella.

Si cualquier otro lee la carta está llena de ortografías y lo que es peor las frases son totalmente inconexas. Sin embargo en mí, eso no restó ni una sola emoción que no fuera el tierno amor que mediante ella se me transmitía.

Éramos totalmente distintos. Él nació en una aldea gallega, en una época donde el hambre era una realidad y el atraso que sufría Galicia en comparación con el país vasco donde yo residía era todavía muy grande. Solo tuvo acceso al colegio los primeros años escolares, lo justo para aprender a leer, escribir más mal que bien y contar. El resto de años tuvo que trabajar en el campo con su madre para ayudar a su familia y luego de albañil con su padre cuando tuvo la suficiente fuerza como para poder trabajar. Yo sin embargo he tenido la oportunidad de ir a la universidad.

El distinto nivel cultural y económico de los dos era más quebradero de cabeza para él que para mí. Siempre me comentaba que le gustaría tener más facilidad de palabra para decirme sus sentimientos, tener más dinero para poder invitarme como debe hacer un hombre por su chica. Yo era menos “espiritual”, solo veía el maravilloso cuerpo adolescente que el gimnasio campo y albañilería iban esculpiendo prometiendo una espléndida madurez. Además sigo pensando como entonces que estudios y cultura a veces no va a la par, por lo que no estaba para nada de acuerdo con sus palabras.

Realmente, no sé si esas diferencias fueron las razones o no para que aquel amor no siguiera de adultos. Puede que simplemente como todos los amores de verano duran lo que duran las vacaciones. Durante los siguientes veranos tras la recepción de la carta no pude ir al pueblo y aquel amor murió. Él se casó con una fantástica gallega con la que comparte las tareas del campo, los veo juntos y veo una total conexión entre ellos, yo de mientras sigo buscando por esta increíble ciudad Bilbao.

Este verano tuve una estupenda sorpresa en el transcurso de una comida familiar a la que fui invitada en su casa. Él está estudiando en una escuela de adultos para sacarse el graduado y compartió un secreto que pocos sabemos. Aprovechó la ocasión para leerme varias poesías suyas. Quizás no tienen técnica, se le nota carencia de herramientas literarias pero tienen como aquella carta de amor, ternura, emoción, vida.